



Biobío en 100 Palabras

Los mejores 100 cuentos de la
décimo cuarta versión del concurso

BIOBÍO EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS DE LA DÉCIMO CUARTA VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plagio
Agosto de 2026

Selección | Fundación Plagio
Dirección de Arte y Diseño | Fundación Plagio, Francisca Alegría y Patricia Holmqvist
Edición | Sebastián Astorga Ariztía

Inscripción n° 2026-A-6332 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-76-7
Tiraje: 20.000 ejemplares
www.biobioen100palabras.cl

Impreso en Santiago de Chile por Aimpresores
DISTRIBUCIÓN GRATUITA - PROHIBIDA SU VENTA



Biobío en 100 Palabras

Desde hace quince años, Biobío en 100 Palabras se ha consolidado como un espacio donde miles de personas encuentran una forma de compartir su mirada sobre la región. A través de relatos breves, escritos por autores y autoras de distintas edades, comunas y experiencias de vida, este proyecto ha ido construyendo un retrato colectivo del Biobío.

Como CMPC, nos enorgullece llevar a cabo esta iniciativa junto a Fundación Plagio, porque creemos en el poder de la escritura y la creatividad para fortalecer los vínculos entre las personas y el lugar que habitan.

Cada cuento reunido en este libro es una invitación a descubrir eso que muchas veces pasa desapercibido: las historias cotidianas, las memorias familiares, los paisajes, los oficios y las tradiciones que conforman la identidad de esta región.

En estas páginas conviven el río Biobío y la costa, los humedales y las ferias, la vida universitaria, los ba-

rios, la infancia, el amor y también los cambios que han marcado a sus comunidades.

Esperamos que este libro inspire a nuevas personas a escribir y a descubrir que cada experiencia, puede transformarse en literatura. Porque cuando una comunidad cuenta sus propias historias, también construye memoria, identidad y futuro.

Les invitamos a disfrutar estos cien relatos y a seguir formando parte de esta gran conversación que año a año hace crecer a Biobío en 100 Palabras.

CMPC

Este libro reúne los cien mejores cuentos de la XIV edición de Biobío en 100 Palabras ofreciendo una muestra del extraordinario talento creativo que existe en la región, así como un testimonio de la diversidad de voces que la conforman: aquí escriben niñas, niños, jóvenes, adultos y personas mayores; habitantes de ciudades, localidades más pequeñas y sectores rurales; escritores más experimentados y autores que por primera vez se atrevieron a compartir una historia.

En estas páginas encontramos relatos que hablan de la amistad, de la pérdida, del humor, de la vida cotidiana y del paisaje. Aparecen el río que atraviesa la región, las caletas y puertos, los humedales, los cerros, las ferias y los barrios; pero también los afectos que dan sentido a esos lugares. Desde la ternura de «Mi abuela», hasta la fuerza emotiva de «Delantales amarillos»; desde la nostalgia de «El río de mi infancia» hasta la identidad compartida en «Aquí» o

«Gente de mar», cada texto aporta una pieza única a este gran mosaico literario.

Desde Fundación Plagio creemos que la escritura es una herramienta de participación capaz de fortalecer el sentido de pertenencia y abrir espacios para que nuevas voces sean escuchadas. Cada actividad, cada taller y cada cuento recibido nos recuerda que todas las personas tienen una historia que merece ser contada.

Agradecemos a CMPC por hacer posible este proyecto y a las miles de personas que, desde hace quince años, edición tras edición, continúan confiando en la fuerza de las palabras.

En estas páginas encontramos mucho más que cien cuentos: encontrarán una región narrándose a sí misma.

FUNDACIÓN PLAGIO

La perla

Salí a caminar por la costanera de Bellavista porque me sentía triste, pero con estilo. Me chanté los audífonos y puse música intensa, de esa que hace que uno mire el mar como si estuviera en el final de una serie. Me pegué la media caminata imaginando que una cámara me seguía en plano secuencia. Pasó una señora vendiendo cachitos y me devolvió a la realidad. Igual seguí caminando, con cara de que me acababan de romper el corazón, aunque solo quería aire. La ola me salpicó los jeans. Corte. Fin de la escena. Volveremos después de comerciales.

CATALINA AGUAYO ZÚÑIGA, 25 AÑOS, TOMÉ.

Concepción bajo la lluvia

Mención Honrosa

En Concepción, la lluvia tiene título universitario: sabe caer con ritmo y estilo. Los paraguas compiten por ver quién baila mejor entre los charcos, y las calles se vuelven espejos de neón. Dicen que los penquistas no se mojan, se hidratan con elegancia. En los cafés huele a poesía húmeda, y los autos pasan como si fueran peces metálicos. Cuando por fin sale el sol, todos miran con desconfianza, como si fuera un turista perdido. Pero al final sonríen: porque en el Biobío, hasta la lluvia sabe contar historias.

ANTONELLA CASTRO MORAGA, 17 AÑOS, CORONEL.

Cataclismo

Suspendieron las clases por amenaza de tsunami, más tarde empezaron a llegar alertas de evacuaciones por lluvias intensas e inundaciones y para mayor sorpresa llegó una alerta de tornado. No nos fuimos ni evacuamos ya que antes de que acabara la tarde estaba saliendo el sol. Mañana a clases otra vez.

ROCÍO CARES RIQUELME, 15 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Post 8 x 1

Salía del emblemático Harbard University, sobreviviente de un 8 x 1, con un pitido en los oídos y olor a pisco barato. Las luces me confundían: no sabía si caminaba por O'Higgins o por Orompello. Llevaba minifalda, pero no sentía frío. Cuando el corazón se rompe, el cuerpo deja de quejarse del frío. Tomé la Sol Yet en O'Higgins rumbo a mi casa. Casi llegando, me puse jeans bajo la falda para que mi mamá no pegara el grito al cielo. El niño a mi lado me miró y dijo: «Te entiendo. Así es el clima en Concepción».

CATALINA QUIROGA GIADALAH, 23 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Universitario coronelino

En el grupo de whatsapp, el representante del centro de estudiantes escribió que, debido a las lluvias, había hecho llegar un correo a la jefa de carrera y las clases se suspendían por toda la jornada. Se celebró la decisión con stickers elocuentes. Yo también quería alegrarme, pero el atiborrado Biotren, sobre el puente, ya anunciaba su llegada a Concepción.

SEBASTIÁN ALARCÓN CHÁVEZ, 25 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Tropiconce

No cierres los ojos porque, si no, te pierdes el cambio de clima.

JORGE RAMÍREZ MUÑOZ, 13 AÑOS, CONCEPCIÓN.

El sabio

El otro día me quería sacar una foto con la estatua de Condorito que está en O'Higgins, pero estaba descansando en la banca uno de esos sabios errantes que, con su larga barba manchada de Báltica, que desprendía años de estudio y sabiduría, me echó a punta de patadas y se volvió a acostar al lado de su fiel amigo, el perro.

GONZALO CARRASCO ARREDONDO, 17 AÑOS, CHIGUAYANTE.

Puchoco RPG

Primer Lugar

Te pones el casco, enciendes la lámpara y esperas que lleguen las micros. De las micros bajan los choyoncas, antropomorfos pedazos de tosca y carbón. El juego es de jaulas y galerías submarinas, derrumbes, sentadas de cerro y grisú. Se trata, en el fondo, de encontrar debajo del hollín pegado a sus rostros, la cara de tu padre regresando a casa.

ENRIQUE SILVA RODRÍGUEZ, 64 AÑOS, CORONEL.

El túnel

¡Tak, tak, tak! Resonaban las picotas en el estrecho túnel polvoriento. Esperando poder comer, esperando que el pajarito esté tranquilo. Batallando contra la oscuridad y el hambre. ¡Tak, tak, tak!, el pájaro chilla. ¡Tak, tak, tak!, la mitad de los hombres en la mina se fueron. Suenan las paredes de la cueva. El pájaro cae. ¡Gas grisú! y escombros por todas partes. Ahora todo es silencio y del túnel no queda nada.

MAITE SUAZO CARRASCO, 13 AÑOS, SAN PEDRO DE LA PAZ.

Ñuke Pehuén: kulliñ ka raki mew wüfün

Ñuke, zomo newen niekei, feychi pehuén ka kimün müley, pichike llelfün mew, puwün antü mew ñamku weza lefkulemu, ka müley müten. Dungu müten: rume müley ñi pewma kimaymi inche, pewma niei: küme mogen küme raki mu, mari mu amutun, feychi rume amuñmafiñ. Inan amuñmafiñ, fachi rüpu meu müley tañi ayüwün, pewma pewkantun wüñol. Wiñol tri-pantu mew, ketika pukem mülkantufi, ka tañi llellipun wüfün, ka ayüwngechi mapu kimelfi ñi püllü ñamku mew. Küpa ñuke ñaña, müten pewma rakizuam niei, kütralfe dungu tupan, ka ko ñamkülen tami püllü.

CATALINA CUEVAS TRONCOSO, 29 AÑOS, CHIGUAYANTE.

Araucaria madre: broto entre animales y pensamientos

Una madre tiene fuerza de mujer, y aquella araucaria tiene lo propio en los pequeños lugares que habita, sin importar los designios del aguilucho. Son muchos los sueños que tengo y me gustaría que lo puedas saber: en mis pensamientos hay vida plena y en ese entonces lo envié. Lo seguí y este es el camino en que encuentro la felicidad, y es así como me reencuentro a través del sueño. En el We Tripantu y en pleno invierno, resurgen los cantos y las rogativas, que se muestran a través del aguilucho. No te rindas, querida madre, que los sueños cambian, la briza alcanza y las aguas limpian el espíritu.

REC

Grabamos nuestro primer demo en una pieza de San Pedro con un micrófono prestado y sueños gigantes. El bajo sonaba sucio, la batería era una mesa, pero jurábamos que íbamos a tocar en el REC. En Concepción, el rock no es hobby: es idioma, refugio y religión. Ensayábamos entre tareas y turnos, buscando ese sonido que solo la humedad penquista entiende. Nunca llegamos a un escenario grande, pero una vez sonamos en un bar de Aníbal Pinto. Esa noche, alguien coreó nuestro estribillo. Fue suficiente. Porque en esta ciudad, con que alguien te escuche, ya hiciste historia.

SOPHIA AYLIN OYARCE, 20 AÑOS, SAN PEDRO DE LA PAZ.

Paseo internacional

Le dije que nunca había visitado otro país, pero ahora que lo pienso mejor, hoy mismo compré un churro en Ecuador, me lo comí en Perú y fui a comprarme una pilchita a París para más rato ir a carretear a Argentina.

LORENA CUEVAS NEIRA, 21 AÑOS, CONCEPCIÓN.

San Juan nos miró pasar

Solo en la micro existimos. Nos subíamos en paraderos distintos, pero siempre encontrábamos el mismo asiento. Entre Talcahuano y Concepción fuimos pareja: Manos tímidas, miradas cómplices, palabras urgentes. En ese trayecto breve, el amor imposible se volvía posible. Él no era mío fuera de ese bus, pero ahí, entre curvas y frenazos, lo fue todo. No necesitábamos más que esos minutos con olor a mar y a pan recién hecho. Fue un secreto sobre ruedas, fugaz y real. Al llegar al centro, bajábamos sin mirarnos. La micro seguía su camino. Nosotros, también.

CONSTANZA SALAMANCA NÚÑEZ, 27 AÑOS, CHIGUAYANTE.

Hacia dónde va el camarón

Camarón que se duerme se lo lleva la corriente, dicen por ahí, pero yo me dormí y me llevó la micro. Me llevó hasta Chiguayante y aquí estoy con el camarón que la corriente se llevó, aprovechando la vista desde el Mirador Río Biobío para que el viaje no haya sido en vano.

GABRIELA MOLINA CEBALLOS, 19 AÑOS, TALCAHUANO.

Viernes, 18:36 horas

Mírame, mírame, mírame. Mírame solo a mí. Mírame mientras nos cruzamos en el Biobío sobre el puente; y si se puede, que sea al atardecer y no a la noche. Así nos vemos por más tiempo en el taco, y me miras mientras están parados nuestros autos.

FERNANDA MELLA ÁLVAREZ, 22 AÑOS, CONCEPCIÓN.

El señor de la línea 02

«Creo que tardaremos más de lo esperado». «¿Por qué?». «Viene la Hualpén súper lento». «No importa. Vamos». «Buenos días». «Buenos días», dijo el chofer. Nos miramos extrañadas, porque por primera vez nos devolvían el saludo. Puso a trabajar su CD carreteado de música romántica y del baúl de los recuerdos que encantaba a las señoras que iban sentadas. Durante el recorrido por San Vicente no faltó la persona que le pedía un consejo para el corazón y los catarros. Cuando nos bajamos, le agradecimos y vimos cómo se alejaba la micro del tío Willy con el medio taco atrás.

MACARENA ORTIZ MUÑOZ, 29 AÑOS, TALCAHUANO.

Primavera

Mención Honrosa

Mi pololo solo aparece en las buenas. A veces me acompaña a fotografiar aves en el humedal Rocuant-Andalién durante la primavera, pero la mayor parte del tiempo anda de flor en flor. Y sí, hablo del insecto... por si las moscas.

KAROLINA VALENZUELA VERA, 32 AÑOS, PENCO.

Sol entre neblina

Es inicios de agosto; mañanas frías, cielo cubierto de nubes espesas que brillan por el sol asomándose por el cerro. Abro la ventana y no puedo ver más allá del cielo en el patio, la cabeza de los edificios y un farol cercano. El cerro desaparece en una espesa niebla que asemeja un cuento chilote. Mi padre se acerca detrás mío y con un té caliente en mano me dice: «Por eso se llama Chiguayante».

FERNANDA VALDÉS ACEVEDO, 22 AÑOS, CHIGUAYANTE.

Los duendes

Mi casa está rodeada por un verde bosque sureño donde el viento canta con nubes grises movedizas en días de tropi Conce. Estoy tejiendo en mi balcón mi última creación. De pronto alguien toca la puerta, cuando regreso a mi sillón no encuentro mi crochet. ¡Son los duendes! Conozco su actuar, como niños juguetones esconden objetos brillantes. ¡Ni crean que perderé mi tiempo con ustedes!, les digo. ¡Mañana lo quiero de vuelta! En el follaje del bosque encantado creo oír alegres risas mientras los pájaros danzan en círculos y la lluvia los empieza a mojar.

MARÍA CECILIA PEREIRA SILVA, 58 AÑOS, CONCEPCIÓN.

El viento vuelve a soplar

El viento sopla cada mañana los techos de las casas con una fuerza contradictoriamente gentil. El cielo presume su color azul, como el mar, o como los peces capturados en las redes de los bienaventurados por sus esfuerzos. Yo no cambiaría la calma que abunda. Una belleza natural, una sonrisa genuina, regalo de la naturaleza la cual prueba su eterno amor con cada paisaje, cada momento y con cada habitante. Obvio, no todo es perfecto, pero cuando amanece, el viento siempre vuelve a soplar.

ISIDORA RIVEROS NUÑEZ, 14 AÑOS, LEBU.

Conce mágico

El cielo gris envuelve la ciudad en un abrazo húmedo, pero cuando el sol logra abrirse paso entre las nubes, Conce se ilumina con un resplandor mágico. Los edificios, testigos silenciosos de la historia, parecen despertar de su sueño y las flores se vuelven más vivas, como si el sol les hubiera dado un beso de vida. La música, ritmo constante en el corazón de la ciudad, se mezcla con el sonido de la lluvia y el murmullo de la gente. En este escenario, la nostalgia y los recuerdos de momentos compartidos en las calles se entrelazan con la fantasía.

ANGÉLICA MOLINA VERGARA, 43 AÑOS, CONCEPCIÓN.

La fábrica apagada

En Lota, la vieja mina se quedó sin obreros. Manuel visitaba el portón oxidado cada tarde, como si aún esperara escuchar el silbato de entrada. Una noche, vio luces encenderse dentro y sombras trabajando bajo tierra. Corrió a mirar mejor, pero no había nadie. Solo cascos abandonados que seguían brillando solos.

SANTIAGO CABA BELMAR, 13 AÑOS, CONCEPCIÓN.

En medio del bosque

Caminando y prácticamente corriendo para seguir el ritmo de mi padre, que cada vez sentía su presencia más lejos de mí, mi inocente pensamiento me hacía sentir los más absurdos miedos. Cada sombra, cada rama, cualquier pájaro por más pequeño que fuese se sentía como la más siniestra presencia. La oscuridad y la frondosidad del bosque dificultan los poco menos de 3 km en los cuales qué más quisiera yo que aquella única figura de protección me llevase de su mano y me librase de todo aquel peligro.

VÍCTOR GONZÁLEZ FLORES, 17 AÑOS, LOS ÁNGELES.

Andrea, el río baña la ciudad

En el verano el río parece serpentear un árido desierto en su esfuerzo por llegar al mar, parece un hombre quejándose de sed, un perro hambriento que busca un pedazo de comida. Pobre río en el verano y qué gran río es en el invierno cuando golpea las orillas en su pasada por Concepción. Es un río majestuoso y cambiante, cuando los seres humanos serpentean el paso por la vida. Te amo, Andrea, como cuando el río llega al mar.

FRANCISCO JAVIER ARUTA MADSEN, 68 AÑOS, SAN PEDRO DE LA PAZ.

Chozke zelantal

Premio al Mejor Relato en Mapudungun

Newe chumül akun Higuera pigechi pital, Txalkawenu waria mew, kuñifalgen, nielan chaw ñuke rume R.N.J.J. pigen. Neonatología mew kimpafñ ta pu ángeles tañi kelluketew egün, tañi pu tías zapikenew egün ta iñche. Tüfa mew akuyegün pu chaw pu ñuke egün zapiafiel tañi pu choyün amukonpalu pital mew, fey egün choz-zelantaltulekeygün, kimlan welu iñche müntugen, tañi reñma pepi zapilaenew egün ta iñche. Caso-socialgen, elgean adopción mew, pewmagele kiñe we reñma llowaenew ta iñche. Iñche pepi zullipefuli ayipeafun tañi nieal kiñe ñuke tañi tía TENS reke, iñche rofülgeyem poyegelu txokiwün, na wera kay ti, turpu ta pewelayafñ tati.

ROBINSON CARRASCO CASTRO, 30 AÑOS, CAÑETE.

Delantales amarillos

Hace poco llegué al Hospital Las Higueras, en la ciudad de Talcahuano. Soy huérfano; no tengo padre ni madre. Me llamo R.N.J.J. En neonatología conocí a los ángeles que me ayudan, son esas tías las que me cuidan con dedicación y cariño. Aquí llegan padres y madres a cuidar a sus hijos hospitalizados; llevan delantales amarillos. Yo no sé exactamente por qué, pero a mí me separaron de mis padres, que no pudieron cuidar de mí. Soy un caso social y seré entregado en adopción. Si tengo fortuna, seré recibido por una nueva familia. Si hubiese podido elegir, me habría gustado tener una madre como la tía TENS: cuando ella me abraza, me siento amado. Qué tristeza la certeza de no verla nunca más.

La América Latina

Se ve imponente y majestuoso desde donde se le mire, vibrante, colorido, pero al mismo tiempo tranquilo, inmóvil. Así hasta que el pequeño diablillo le hace un guiño al quetzalcóatl, que gira siete veces sobre su cuerpo para luego tomar por un extremo las banderas y hace aparecer a una anciana fuerte y arrugada de noventa años a la que dejó al lado del continente y le devuelve el guiño a don Satán que ríe bajo el mundo. Eso me imaginé cuando me dijeron que la inspiración de Jorge González Camarena sigue viva.

JAVIER IBARRA PEÑA, 30 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Peleco

Europa es el centro del mundo, América está lejos de Europa y Chile está al final de América. Santiago es el centro de Chile, y el Biobío está lejos de Santiago. Concepción es el centro del Biobío y Cañete está lejos de Concepción. Cañete es el centro de nada, y Peleco queda lejos de Cañete. Mi lindo Peleco, gota dulce entre playas del fin del mundo.

MARTÍN CALVO REBOLLEDO, 22 AÑOS, CAÑETE.

Pisando tradiciones

Me despertaban a las 3 de la mañana para encender el fogón y hervir las enormes ollas, mezclando ceniza con trigo. Mi parte favorita era pisar la mezcla con botas de goma sobre un harnero, mientras mi abuelo vertía agua hasta convertirla en mote. A las 9 de la mañana, las moteras, con sus delantales blancos y canastos, ya estaban en las ferias de Laraquete, Arauco, Coronel y Curanilahue gritando «¡mote, casera, fresquito!». Mi madre, tíos y abuelos se dedicaron a este oficio, y yo siempre me he sentido orgulloso de haber colaborado con ellos en mantener viva esa tradición.

CLAUDIO MOLINA JEREZ, 37 AÑOS, LOTA.

Gotas de eternidad

Aquel invierno en Coronel era lluvioso y sereno; solo se escuchaban las tímidas lágrimas de un día crudo, mientras el silencio dominaba cada sonido. Fue uno de esos días que se quedan en la memoria: la lluvia caía con delicadeza, el calor del hogar abrazaba cada rincón, la taza de café calentaba las manos y las mantas cubrían incluso mis pies. Desde la ventana, las gotas danzaban lentamente, y la atmósfera era tan pacífica que deseaba que aquel instante se extendiera eternamente, como si el tiempo se detuviera para siempre.

JOAQUÍN AGUILERA JIMÉNEZ, 16 AÑOS, CORONEL.

El río de mi infancia

Recuerdo cuando íbamos al río Biobío algunos veranos. El agua helada nos cortaba la piel, pero igual nos zambullíamos riendo. Mi abuela, con su sombrero de paja, miraba cómo mi abuelo pescaba en silencio mientras nosotros jugábamos con piedras planas. Al atardecer, el cielo se pintaba de naranja y el olor a pasto húmedo nos envolvía. Siempre llevábamos pan amasado y pebre, y mi abuela nos llamaba con su voz dulce para comer juntos. A veces, el viento movía los sauces. Siempre que paso por el puente, miro el río y recuerdo mi niñez entre esas aguas luminosas y frías.

ANTONIA RAMÍREZ CARTES, 18 AÑOS, CORONEL.

Presagio de Año Nuevo

Después de dar el abrazo, salió corriendo a la calle. Esperó por unos minutos hasta que pasara alguien. Al primer hombre que pudo ver le preguntó su nombre. «Pedro», dijo. Con un Pedro se casaría; estaba firmado. Recordó de inmediato la historia de Pedro del Río, y a sus siete años, no pudo evitar llorar pensando en lo que le esperaba.

CAMILA CÁCERES BRUNA, 18 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Día inolvidable

El día 17 de octubre, cielo azul en Laja, salimos del liceo a actividades a San Rosendo mientras en el camino sonaba la sirena de las 12. Sentíamos el olor a la fábrica, al llegar miraba a May y me di cuenta de que me gustaba, sus ojos me llamaron la atención. Su amiga dijo que yo tenía hartito aumento, May dijo que ella igual usaba lentes. Llegamos al liceo, ella esperaba su bus, yo pasé y me despedí, pero me devolví, nos quedamos hablando un rato y luego me fui a tomar colectivo y llegué a casa contento.

OSCAR RIVAS JARA, 15 AÑOS, LAJA.

Atadura

El joven, con una rodilla sobre el cemento, ata el cordón de las zapatillas a su chica. Recibe un ligero beso de recompensa y se alejan cogidos de la mano. Es que ambos tienen atado el corazón; atadura sin límite de tiempo ni de calles ni de gente.

SARA SALDÍAS CUEVAS, 85 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Último gol gana

El partido había quedado empatado el día anterior y el sol no estaba para seguir jugando, y no hubo un último gol. ¡Mañana seguimos, cabros! Soñar con el partido y al clarear el día ya estábamos en la cancha de tierra de Lorenzo Arenas. Ni zapatillas ni chutedores, la cosa era pegarle a la pelota con los zapatos de la escuela. Dos equipos frente a frente, como guerreros dábamos la vida por un banderín. Santos y palabrotas ayudan a evitar patadas y zancadillas, había que hacer el gol. ¡A comer, cabros, seguimos a la tarde! ¡El último gol no llega!

ALADINO ARANEDA VALDÉS, 72 AÑOS, CHIGUAYANTE.

Gajes de ser penquistas

Llovió, se despejó, salió el sol, se levantó viento por la tarde y en la noche ya estaba nublado y amenazante otra vez, ciudad de clima inestable –pero de tropical nada–, es así, es Concepción. El buen penquista que se precie de tal lo acepta y así como sale con el paraguas en la mañana, trae el short debajo y «la buena chaleca» para la tarde.

ERIKA DALIDET PILGRIM, 70 AÑOS, CONCEPCIÓN.

El Rufo

Los ojos del Rufo –con sus orejas largas y su cola inmensa incontrolable, que parece batidora– miran y hablan por sí solos. Muchos que lo conocen dicen que parecen ojos humanos, como en los distintos cafés de Concepción, donde a Matías y Rufo les era permitido entrar en forma excepcional. Así, mientras Matías recibía su café, el Rufo recibía su plato con agua. Luego de un rato, ambos se retiraban discreta y educadamente mientras las personas que observaban se admiraban de los buenos modales de ambos.

REINALDO BETANCUR URBINA, 69 AÑOS, SAN PEDRO DE LA PAZ.

El pescado

Qué ironía la vida, de pequeño fui pescador artesanal y por mis malas decisiones hoy en día me encuentro privado de libertad, esta vez fui pescado yo.

MATÍAS TORRES RAMÍREZ, 26 AÑOS, HUALPÉN.

Baches

¡Coliumo - Los Morros! ¡Coliumo - Los Morros! Grita el chofer de la micro, ¡Coliumo - Los Morros! Sale desde la plaza, atraviesa los cerros de Tomé, cuando los pasajeros coliumanos comienzan a saltar en sus puestos, algunos parados, otros dormidos, algunos se miran, sonríen, chismean... Todos en lo suyo, hasta luego de acomodarse, riñones, colon, mochilas, etc. Alguien grita: descubrí un nuevo bache. 51, dice el chofer.

CARLA SOÑEZ VILLIVAR, 35 AÑOS, TOMÉ.

La ventaja

La bella y enrevesada geografía de Florida tiene un único defecto: los terrenos para el fútbol están en pendiente. Pero eso nunca fue problema para los aguerridos jugadores de Caña Brava y San Jorge. Sabían que a cada uno le tocaría un tiempo con el desnivel a favor. Y lo aprovechaban. Los de Caña Brava bajaban como tren desbocado; los de San Jorge trepaban como si escalaran el Antuco. En el segundo tiempo se invertían los roles. Nadie reclamaba. Porque en Florida, si no sabe jugar en pendiente, mejor dedicarse al trompo.

JUVENAL RIVERA SANHUEZA, 52 AÑOS, LOS ÁNGELES.

Choronel - Lota

(Le muestro el pase). No llevo estudiantes. Tiene que llevarme, es un derecho. No vai a estudiar. Qué sabe a la hora que entro o salgo. No llevo estudiantes, paga 600. El pasaje es un tercio del adulto, tome 300. Bájate, no te llevo. No puede bajarme, tengo derecho. Bájate o te bajo. Lo voy a denunciar (saco la cámara, grabo y enfoco la patente). No me podís grabar, voy a llamar a los pacos. Y así hasta que llegué a la U... ¿y el boleto?

ARIEL MORENO CALLET, 31 AÑOS, CHIGUAYANTE.

Nuestra gaviota

De niña, en Talcahuano, ciudad puerto, criamos en casa a un pichón de gaviota. Mi papá vendía frutas y verduras, y ella probaba de todo: manzanas, tomates, hasta zanahorias al vuelo. Saltaba sobre la mesa, picoteaba bolsas y nos hacía reír sin parar. La alimentamos, le enseñamos trucos, la mimamos... y parecía entendernos. Creció rápido, fuerte y audaz. Un día, decidió que el mundo era más grande que nuestra cocina y voló hacia el puerto, dejando solo plumas y recuerdos. Reímos y lloramos: criamos una gaviota descarada que siempre será nuestra, aunque ahora sea libre y revoltosa.

YENNY CONCHA FUENTES, 42 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Cuatro gatitos penquistas

Cuatro gatitos penquistas sentados en el living tomando el sol, aunque nacieron en San Pedro, son más penquistas que el mismo cerro Caracol. Uno, negro como la noche; la otra, blanca como algodón. Los otros, un par de güiñas tostadas, ahumadas y llenas de amor. Su trabajo: dormir veinticinco horas diarias, traquetear sin ton ni son. Se despiertan de madrugada para seguir con su misión: llenar de pelos la alfombra y maullar para exigir su colación. Al final del día, con el motor encendido, ronronean por siempre su canción, cuatro gatitos penquistas que van persiguiendo al sol.

ROCÍO FRITZ TAPIA, 33 AÑOS, CONCEPCIÓN.

El rey del Biobío

Estaban los animales reunidos en Nonguén para elegir al próximo rey del Biobío. Antes de comenzar, notaron que el Chungungo llegó transpirando. «¿Qué le pasa, compadre?, lo veo como agitado», preguntó el Monito del Monte. «Sí, chiquillos, tuve que bajar de la micro y correr, había un taco enorme de camino». «Pronto empezarán a construir el paso sobrenivel», dijo el Cisne. «Qué bueno, porque si no, el próximo rey tendrá que venir en bicicleta», concluyó el Zorro Culpeo. Al final ganó el Pudú, por bonito y porque vive cerca.

CRISTEL MURILLO, 25 AÑOS, HUALPÉN.

La búsqueda de nalcas

Un día mi papá, su hermano y su primo fueron a buscar nalcas al cerro Lomas Coloradas, pero no encontraban el camino y anduvieron por cualquier lado. En eso quedaron llenos de lodo hasta el cuello y tuvieron que seguir caminando todos sucios y cuando llegaron al lugar donde estaban las nalcas ¡no quedaba ninguna! y tuvieron que devolverse a la casa, pero ninguna micro los dejaba subir porque estaban todos llenos de lodo y solo el hermano de mi papá había llevado ropa limpia en su mochila. Al final, un conductor amable los dejó subir y pudieron llegar.

SAYEN MOLINA DELGADO, 12 AÑOS, SAN PEDRO DE LA PAZ.

Patrones humanos y naturales

Me dirijo a las florerías de Caupolicán y como siempre, observo y dudo. Los colores celebran y consuelan. En cada pétalo se anidan universos de amor, destellos de gratitud y la silenciosa penumbra del duelo. Las flores hacen presencia, como si comprendieran que todo lo humano termina inevitablemente marchitándose y desvaneciéndose. Elijo un arreglo, respiro, lo cargo en silencio como ya lo he hecho antes.

CLAUDIA MARTÍNEZ BARRA, 49 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Mi Wenüy Relmu (Mi amigo Relmu)

Mi mejor amigo Relmu, cuando hablo con él sus ojos transmiten alegría que me llena el alma. Sus chistes me dan alegría, mi mejor amigo Relmu es pewenche, siempre me enseña sobre su cultura. Me dice que vibra con el sonido del kultrun, al contarlo mi alma vibra con él. Relmu es un amigo muy especial, que comparte su cultura conmigo. Relmu le hace honor a su nombre. Él es un arcoiris en la vida de quienes lo conocen.

ISIDORA TRONCOSO PINILLA, 12 AÑOS, ALTO BIOBÍO.

Olas de despedida

Los ojos esmeralda que un día me miraron con amor ahora reflejan una tristeza callada. Ambas sabemos que nuestros caminos se separan, aunque una parte de ella siga en mí. No puedo volver a casa, así que viajo hasta la playa Maule. Frente al mar, dejo que las olas escuchen lo que no me atrevo a decir. Hablo de su risa, de sus gestos, de los recuerdos que aún me habitan. Mientras suena «Hablar de ti», de Gepe, me reconozco en cada nota: es mi forma de amarla todavía, de verla incluso cuando ya no está.

ANTONIA RUBILAR ALARCÓN, 18 AÑOS, CORONEL.

El Sr. Norris

El Sr. Norris. Así lo bautizó mi hermana. El gato no era nuestro, pero venía todos los días a nuestro condominio. Me acuerdo de que él nos maullaba y se revolcaba para que le hiciéramos cariño. Una vecina siempre lo cuidó y le daba comida. Él era peleador, tenía una cicatriz en su cara, y peleaba con un gato blanco. Un día el Sr. Norris no volvió, meses después la vecina murió. Creo que el Sr. Norris la llevó a un mundo mejor donde se cuidarán ambos.

FRANCISCA RAMÍREZ ROJAS, 11 AÑOS, SAN PEDRO DE LA PAZ.

La vieja de los gatos

La soledad es terrible. Y la gente te lo recuerda a cada segundo: «la vieja de los gatos», «la doña copuchenta», «la solterona»... Así me han llamado más de una vez. Pero la verdad, no me molesta; me lo tomo con humor, porque algo de razón tienen. Amo a mis gatos, Wally y Eva, nombres sacados de una película que me encanta. Al final del día, eso es lo que me queda: disfrutar del amor que ellos me dan y de cómo, con sus maullidos, me dicen «mamá».

MARÍA GUADALUPE AMIGO GUTIÉRREZ, 65 AÑOS, CHIGUAYANTE.

Unas garzas sobre el agua

En la laguna de las Tres Pascualas, unas garzas volaban felices, libres y sin preocupaciones, el aire fresco sobre sus picos. Desde la tierra, unos bellos ojos curiosos las miraban sin parar, admirando la libertad que soñaba conocer. Las garzas se dieron cuenta, y sin más volaron hasta ella, la sujetaron de las manos y volvieron al cielo. La sonrisa de la pequeña resplandeció más que el sol.

EMILIA ARIAS URZÚA, 13 AÑOS, CONCEPCIÓN.

En pie

Quedé en pie cuando el mar rugió y se llevó la casa. Sentí el fuego apagarse y el barro cubrir mis ladrillos. Fui la última en caer y la primera en volver a mirar el horizonte. Con el tiempo llegaron manos que limpiaron y sembraron esperanza. Me dejaron aquí, en la costanera, frente al mar, como memoria viva de lo que fuimos. Ahora me rodean flores, risas y pasos nuevos. A veces los niños me tocan y preguntan quién soy. Les digo: fui chimenea, fui hogar, sigo en pie. Resisto el viento, la sal y el olvido. Soy Dichato.

KARIN SOTO COX, 48 AÑOS, SAN PEDRO DE LA PAZ.

Kodkod en Nonguén

Aquella noche, el kodkod trepó al tejado. Sus patas se alzaban hacia las estrellas, como si intentara arrancarlas del cielo. Sus ojos, verdes y ámbar, brillaban con un fulgor de intensa naturaleza. Las estrellas no respondieron; su sigilo se tornó angustia y las sombras, expectantes, se cerraron sobre él. Cuando giró hacia mí, comprendí que aquel gesto no era súplica ni juego, sino un grito sin destinatario. Al amanecer, lo hallaron bajo un almendro en flor, cubierto de níveos pétalos. Sus miembros, mutilados por perros, yacían en la hierba. Y el cielo, gris, parecía haber olvidado su nombre.

NICOLÁS ESCOBAR JARA, 37 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Personas de feria

Un día de feria en Hualpén, fui a comprar con mi hijo de cuatro años. De pronto me di cuenta de que ya no estaba a mi lado, desesperada, busqué por todos lados, no lo encontré. Con un impulso certero retrocedí rápidamente entre toda la gente. Avancé varios puestos y minutos, cuando la angustia ya era demasiada, una mujer, al ver mi desesperación, se puso frente a mí deteniendo mi marcha y me dijo indicándome que ahí estaba. Un vendedor lo cuidaba mientras otro le había pasado un juguete y mi niño muy feliz me abrazó. Estaba tan agradecida.

ELINA BURDILES NEIRA, 52 AÑOS, HUALPÉN.

Vida de ricos

El verano pasado me fui de vacaciones a la casa de mi abuela en Cartagena, después fui a Londres; pasé por Bélgica y Grecia, finalmente salí de Hualpén.

AMPARO HERNÁNDEZ CORTÉS, 14 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Alegría dieciochera

El azar quiso que ese dieciocho lloviera; el azar quiso que hubiese un papá que ofreciera planchas de zinc; el azar también fue partícipe de que se forraran completamente las por entonces llamadas ramadas en Higueras; también que entre los organizadores hubiera un grupo musical. Lo demás fue grito y plata. La gente entraba aun cuando les cobraran y le subían los precios a todo. Como en lata de sardinas sudaban y consumían como locos. De todas fue la única que ganó. El encargado financiero durmió los tres días bajo el mesón con una caja de cartón, rebosante de dinero, abrazándola.

MARCELO SOTO BARBA, 63 AÑOS, CHIGUAYANTE.

Caminata por San Pedro

Estaba caminando a una verdulería junto a mi papá por San Pedro de la Paz, era un día nublado y tenía mucho frío, el cielo se veía de malas pulgas y parecía que iba a llover. Estaba entumida mientras el cielo me veía caminar. Llegamos a un semáforo en rojo, miré al cielo y vi a una gaviota volar, quería volar como ella, después miré al suelo y vi un caracol, pensé en cómo se arrastraba a todas partes, cambió el semáforo y avanzamos. Estábamos llegando a la verdulería y pensé: «por lo menos no me arrastro».

CATALINA ULLOA LÓPEZ, 9 AÑOS, SAN PEDRO DE LA PAZ.

Un picnic en el Parque de Lota

Una tarde nublada en el Parque de Lota, paseaba con mi familia cuando un grupo de jilgueros comenzó a seguirnos. Cada vez que comíamos una papa frita, chillaban como si exigieran su parte. Mi hermana lanzó una al aire y uno la atrapó en pleno vuelo. En segundos llegaron más, armando un alboroto verde y amarillo. Terminamos rodeados, compartiendo nuestras papas con ellos. Al irnos, uno se posó en mi hombro, como despidiéndose. Desde entonces cada vez que vuelvo, miro los árboles... por si aquel jilguero aún me recuerda.

CLARISSE POBLETE ROMERO, 18 años, CORONEL.

Almas gemelas

Ayer encontré un perrito escondido bajo un auto, sus ojitos brillaban como dos lunas chiquitas temblando de miedo. Le dejé un trozo de galleta y me fui, pero todo el camino lo único que logré fue pensar en él. Hoy, al volver al colegio, lo vi en aquella esquina. No me dijo nada, pero su mirada parecía un gran poema, como si me hubiera elegido sin que yo lo pidiera.

VALENTINA JARA GATICA, 14 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Sabores de otro mundo

Cada vez que necesitaba dinero, mi madre me ofrecía ayudarla en su puesto de carnes en La Vega Monumental. Al negocio siempre le fue bien. Vendíamos de todo, carnes, longanizas, prietas, guatitas y más. La gente siempre elogiaba el exquisito sabor de nuestros productos. Una vez terminadas mis vacaciones, solo podía ir en las tardes. Un día, llegué a trabajar como siempre, pero encontré el puesto rodeado de carabineros. Me sacaron de ahí apenas me notaron. Entre todo el caos, solo pude escuchar que la carne nunca fue de origen animal.

NICOLÁS GARCÍA AGUAYO, 15 AÑOS, CONCEPCIÓN.

La marraqueta

Sin duda es la preferida del desayuno; calentita, solita o con cualquier acompañamiento es buena. Siempre la conocimos como pan francés, pero con el tiempo, como todo se moderniza, la nombramos marraqueta. A mis primas las escuché nombrar como pan batido, ellas venían de Valparaíso. Es la primera en el asado y paseos a la playa. Sin marraqueta no hay choripán ni el churrasco marino típico de las caletas, donde «la lleva». Unos le sacan la miga y otros las prefieren crujientes. Donde se vende pan, entre las otras variedades es el más común, es el preferido de los chilenos.

JACQUELIN GUERRA HERRERA, 68 AÑOS, TALCAHUANO.

Tortillas calentitas

Alrededor de las cinco, salí a la calle a comprar pan. A los primeros pasos escuché a la señora gritando «tortillas calentitas». Al comienzo no le entendí bien, durante todo el camino ella gritaba «tortillas calentitas». Entré a la panadería y el bullicio de la gente ahí me hizo olvidar las tortillas calentitas, al volver vi a la señora con un canasto en su falda tapado con un mantel de muchos colores. El grito de la señora y sus tortillas me acompañó hasta que entré a mi casa, cerré la puerta y un oscuro silencio me rodeó.

EDITH ZAPATA VÁSQUEZ, 77 AÑOS, LAJA.

El caballo regalón

Y así se acompañan, sentados cómoda y amorosamente, recordando sus bellos tiempos de juventud, tiempos de besos escondidos, el recordar del adquirir la camita para dormir juntitos y así iniciar su familia, con la llegada de los hijos y con el tiempo los nietos. Cada tanto se paran para estirar las piernas o realizar una fotografía del tipo polaroid, para el recuerdo de algún paseante, junto al caballito de madera, fiel compañero y único animal autorizado para estar en nuestra plaza Independencia.

JAIME CONTRERAS SANHUEZA, 72 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Amor sin tiempo

Con las manos entrelazadas intentamos capear la brisa que nos entumece, son miradas, besos y caricias en un marco ideal. Las luces de la ciudad aparecen tenues. El día se ha ido, damos la bienvenida al cielo iluminado de estrellas, con la luna esperando ser cómplice de otras ofrendas de amor como esos corazones dibujados en la arena que las olas borrarán, pero cuyo recuerdo quedará en la memoria. Aún quedan horas para seguir colmándonos de otros deleites del cuerpo, una comida caliente y la celestina noche ofreciendo más. En casa, nuestros cuerpos ovillados duermen amándose. Amor de 50 años.

LUCÍA TORRES ÁVILA, 70 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Mi abuela

Cabra chica, corría por el pasillo de cemento, me tropiezo y mi cabeza choca con la esquina de la silla del comedor recién comprado en Muebles Muñoz. Mi abuela con el cuchillo mantequillero me hace una cruz en el chichón, un pedazo de bistec congelado y me recuesta en el sofá de cuero. Trae papas, las corta en rodajas y me las pone en la cara. Se arrodilla a los pies del sofá y le pide a Dios que me sane. Amén. Me reta por torpe. Yo no creo en Dios, pero sí creo en mi abuela. Me siento amada.

XANI GARCÉS OLIVARES, 29 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Mil maneras de comer jurel

En la casa de la abuela, el jurel no era pobre: era rey. Jurel frito, con tomate, con arroz, con puré, con lo que hubiera. «¡Mijita, el jurel aguanta todo!», decía mientras lo sacaba de la lata como si fuera un tesoro. Cuando crecí, me dio vergüenza llevarlo a la once. Lo escondía. Lo olvidé. Años después, abrí una lata solo para sentir su olor. Lloré. No sabía si de pena o de hambre de infancia. Ahora lo preparo con orgullo. Mi hija me mira raro. Le sonrío: «Tranquila... ya vas a entender que el jurel también es memoria».

CLAUDIA ANDRADES ESPINOZA, 58 AÑOS, SAN PEDRO DE LA PAZ.

Gente de mar

La gente de mar no llora. Ríe fuerte como las gaviotas y es tranquila como la mar cuando está de baja. A veces es rabiosa como la mar cuando amanece en picada, pero nunca se les ve llorar, porque las penas siempre se las lleva el mar.

FERNANDA REYES NAVARRETE, 28 AÑOS, TOMÉ.

Un cielo atronador

Los años le hacían ya perder la vista y la audición, pero siempre salía en su bote que le acompañó y le permitió vivir como pescador. Sacaba ahora su caña y miraba hacía la ciudad, un brillante Talcahuano aún activo a esas horas con luces iluminando su bahía. Sorprendentemente recordaba muy claro esa noche de febrero hacía 15 años, en que su amado mar atacaba furioso apagando muchas luces de un pueblo siempre vivo. Durante esa noche pensó en lo que había escuchado alguna vez en una faena... Tralkawenu, recordó. Un cielo atronador que vio el choque entre tierra y mar.

JUAN LANFRANCO GARRIDO, 23 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Discusión

En primavera suelo pasear por la Plaza de Armas en Penco. Me habían contado de la pequeña Venecia y de los tantos árboles que por ahí merodean, hay gente que le gusta debatir de una variedad de temas, por ejemplo, el fútbol. Hoy tuve una acalorada discusión sobre evolución y biología, perdí, me paré y me fui, solamente él se quedó viéndome.

IGNACIO VIDAL ABURTO, 21 AÑOS, PENCO.

Aquí

Aquí, donde el mar besa la costa y rebota contra las rocas. Aquí, donde las gaviotas son nuestro sonido. Aquí, un lugar tan hediondo como escondido. De aquí soy, mi pueblo pesquero, cuna de peces como de buenos obreros. Aquí donde se hizo historia reconocido por sus batallas y la gran victoria. Aquí es donde mi hogar está formado. Aquí se llama Talcahuano.

ISABEL CONTRERAS VILLA, 16 AÑOS, TALCAHUANO.

Caudal

Es de mañana, y el agua fluye por el río lentamente, en calma, mientras las aves vuelan y cantan. Y mientras el tiempo avanza, la neblina se disipa y cada vez se puede ver mejor la otra la orilla del caudal, donde los patos y gansos se asoman de la hierba, y junto a sus crías empiezan a nadar, en las aguas del río Andalién.

GABRIEL CARRASCO IRRIBARRA, 14 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Huasos a la deriva

En playa Bellavista intenté enseñar a mi primo a surfear. «Acá los huasos no le temen a nada», le dije, mientras unas gaviotas nos observaban como jueces. La ola nos estrelló contra un montón de algas y terminé con arena hasta en la cabeza. Un perro juguetero decidió perseguir mi tabla haciendo que me cayera otra vez. Entre risas, gritos y empujones descubrimos que en este lugar hasta el mar tiene sentido del humor. Al final, mojados y embarrados, llegamos a la conclusión de que ser huaso es sobrevivir con estilo.

RAFAELA RODRÍGUEZ URRUTIA, 14 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Navalito

Mi papá toma mi mano, hacemos fila para el estadio El Morro. Naval juega el campeonato con Fanaloza. Penco. Gorros, banderas y pitos, lleno hasta el cerro. Chancharrita o Pinga Bravo harán un gol, me susurra mi viejo navalito. Será campeón. Bullicio y aplausos y de pronto el cañón. Ya Naval, blanco inmaculado las camisetitas, me embarga emoción. Empate en minuto 90. Partido rudo y áspero, ya no tengo uñas. Mi viejo sufre centro al área. Chancharrita chiquitito se eleva como gigante. Cabezazo seco al ángulo, gol, cañonazo gol. Campeones, mi viejo me abraza. Las lágrimas caen por sus mejillas.

RAÚL IBARRA TORRES, 70 AÑOS, HUALPÉN.

El ataúd

Era cosa de todos los veranos, que íbamos con los cabros a la laguna y juntando algunos escudos, que era la moneda de los años setenta y finales de estos, arrendábamos un bote para nuestra aventura navegable en donde se transformaba nuestra alegría en un asunto de osadía y riesgo, ya que el bote o embarcación tenía la forma característica de un ataúd y eso le daba un aspecto muy especial. También el nombre le venía, aunque no lo tenía grabado en la proa todos lo conocían por «el ataúd». Tuvo un final digno de una embarcación, un día se hundió para siempre.

ABELARDO CAMPILLAY CARO, 73 AÑOS, LAJA.

Parque Humedal Los Batros

Una gaviota seca sus patas sobre el lomo de un caballo carretonero que trota como en el circo. Los paseantes aplaudimos y la gaviota abre sus alas en reverencia.

GUIDO GRANT MOYANO, 79 AÑOS, SAN PEDRO DE LA PAZ.

Era ella

Estaba sentada en un restorán de la Diagonal Pedro Aguirre Cerda. No podía creerlo, ¡estaba comiendo lo mismo que yo! Su cara ancha de pómulos altos, el cabello tinturado a medias y lo más patente, al levantarse de la silla, arrastraba los pies y su bolsa iba llena de libros recién comprados donde el Jotalibros y algunos en la Librería El Lugar Aquel, era el colmo. Se dirigía cansinamente hacia Plaza Perú y se introdujo en la Casa del Arte, lo mismo que hago yo, pensé estupefacta. Igual la atropellaron y ahora la observo llena de tubos en urgencia.

AÍDA MORA MORA, 72 AÑOS, SAN PEDRO DE LA PAZ.

Cabezas de pescado

«¿Qué está escuchando, casera?», le pregunté. «A Rachmaninov. Ruso sabe. Solemne, intenso. Exigente con todas las notas del piano ¡Mi delirio! ¿Qué escucha usted, casero?». «A Jou Pan». «¿Jou Pan? Conozco a Chopin». Se mordió la lengua para no cagarse de risa. «Ese también me gusta», le dije. «Mmmmm... ¿Le rescato los huevitos y las cabezas?», preguntó. «¿Las cabezas? Saltéelas en oliva, con paprika. Una hebra de azafrán al caldo. Riesling para acompañar»... Eso me aconsejó. Puse el billete en su mano. Tenía sangre y escamas. Bajamos por Caupolicán sin cerrar las bocas, yo y mis cabezas de pescado.

VLADIMIR FIERRO AEDO, 52 AÑOS, CONCEPCIÓN.

REC

Caminaba dentro de un mar de gente, ruido en el ambiente, olor a comida y escuchaba música en el concierto gratuito más grande de Chile, mientras Los Pegotes me empolvaban la visión.

MAIRA RETAMAL MANRÍQUEZ, 11 AÑOS, CONCEPCIÓN.

San Martín 140

El piso alfombrado sin aspirar, el manillar deshecho, el autoengaño de arreglarlo mañana. El Pollock del baño, el obviar la alopecia, el limpiarlo después. El tendedero apuntando a Salas, el taco de las 18:00 p. m., el sueño pospuesto en la terraza, el aplazar la renuncia, el llegar a fin de mes. El caos de comer en la cama, el cúmulo de migas que deja, el mal barrer por no usar pala, el mal dormir por no barrer. El futuro que llega aunque lo evadas. Él, siempre él.

GÉNESIS SALAZAR MUÑOZ, 29 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Crónica del eterno estudiante

Camina lentamente, y siente afinidad entre aquel esqueleto marino en exhibición con su pesar actual. Se sienta en las escaleras del Foro, enciende su cigarro y da cuenta del despropósito en recorrer esos kilómetros para llegar a los Cubos. Ya está maldito y a falta de sortilegios que prevengan su destino sabe que regresará a su hogar y deberá asumir la culpa de jamás poder egresar, porque constituye una verdad consagrada en el imaginario estudiantil, que eso es lo único que aguarda a aquellos que osen poner sus pies sobre el escudo que reposa en el corazón del acceso universitario.

VICENTE ULLOA SANDOVAL, 23 AÑOS, CONCEPCIÓN.

En camino a casa

En el auto pongo música lo más fuerte que se puede, en camino de vuelta a mi casa, el pelo mojado con el agua de la playa Bellavista. Los pies llenos de arena y el atardecer rojo y naranja.

MARÍA TRINIDAD OSSES ZAVALA, 12 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Cicatrices de acero

Premio al Talento Joven

Desde pequeña siempre veía llegar a mi papá con las manos quemadas y con grasa por el acero. Un día llegó con las manos totalmente limpias y se secaba las lágrimas de su cara. «¿Qué pasó?», le pregunté. «Nuestro fuego se apagó», me respondió

VALENTINA GATICA FRÍAS, 16 AÑOS, TALCAHUANO.

Portal las Galaxias

Me subo a una nave donde siento que vuelo entre las galaxias. Pareciera que vamos a 300.000 kilómetros por segundo. En el camino nos encontramos con naves más chicas, donde ellas van a mucha menor velocidad, y a veces nos encontramos con las mismas naves y nos echamos carreritas. A lo lejos veo mi destino, toco el timbre, el chofer baja la velocidad y abre la puerta, me bajo y grito: ¡Chao, gracias!

AGUSTÍN SÁNCHEZ TAPIA, 15 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Migas de pan

Cada mañana, justo antes de llegar al parque Logalindo, veía al viejo al borde del lago. Paciente, le lanzaba migas de pan a los peces que nadaban cerca de las estatuas caminantes. Era una rutina silenciosa, que no tardaba demasiado. Pero un día, al salir de casa, el viejo no estaba. El lago seguía igual, pero, sin su presencia, todo parecía más vacío.

ANTONIA CEA FONSECA, 13 AÑOS, CONCEPCIÓN.

1 de noviembre

El sol se derrama sobre la lejana isla Quiriquina, al otro lado de la bahía, alargando su silueta oscura contra el fulgor anaranjado del atardecer. Desde el alto promontorio tomecino, a mis pies, ellos yacen inmóviles, cada uno en su frío espacio. Contemplo el paisaje único de la bahía, siento el calor del sol y el murmullo apagado de las olas. Entonces reparo, ellos no pueden verlo, ni sentirlo, ni siquiera oírlo, pues en el espléndido altar donde descansan les está vedado todo. Duermen en silencio, absortos en su sueño eterno, mientras la vida sigue arriba, junto a mí.

LUIS VOGT OPAZO, 66 AÑOS, PENCO.

La desconocida que conozco

Subo a la micro, se demoró caleta. Alguien de mi edad me trata de anciana e insiste en pagarme el pasaje. «¿Qué se cree?», pienso, mirando la ventana. Colón parece sitio de guerra: grúas, tierra removida, polvo en el aire. Ayer era puro camino de tierra. Todo cambia, me confunde. Llego a Higueras, toco el timbre, la misma joven baja conmigo. Apuro el paso, me sigue, cerca, silenciosa. «¿Qué quieres? ¿Por qué me molestas?», grito, respirando con miedo. Me mira, triste, ojos que no reconozco. «¿Acaso no sabes quién soy... mamá?».

MARTINA GAJARDO CIFUENTES, 18 AÑOS, TALCAHUANO.

Mi abuela

Premio al Mejor Relato de la Memoria

En los veranos mi abuela chorera hacía y reparaba colchones de lana, abría una boca por un costado, sacaba, lavaba, cardaba y apaleaba la lana dejándola como nubesitas. Cambiaba y reparaba los cotis floreados, rellenaba manteniendo el capitoné para lograr el mejor mullido. Un día mi abuela se enfermó gravemente y debí cuidarla una semana. Antes de morir me contó que los malos espíritus quedaban atrapados en los libros de lana, que se desatan las amarras para dejarlos ir y se hacen nuevas amarras para atrapar los buenos. Ahora duermo con su espíritu en el mejor colchón de lana mullida.

JOSÉ RODRÍGUEZ DEIJ, 68 AÑOS, RENAICO.

Espera eterna

En una de esas visitas guiadas nocturnas que se hacen ahora, escuchó que ya no había listas de espera. Como pudo llegó al Hospital Regional de Concepción. A su paso un hielo penetrante recorrió la fila de los pacientes y al llegar a la ventanilla nuevamente fue rechazada: esta vez por su extrema delgadez y no tener huellas digitales. Con la decepción de los años vividos y los cuatro ya no vividos, volvió a su tumba en el Cementerio de Curanilahue, aún con la esperanza de su urgente cirugía.

INÉS DETZEL BUSTOS, 71 AÑOS, CONCEPCIÓN.

La señora Norma

Casi todo Antuco conoce a mi abuela como la señora Norma. «¡Nunca me he llamado Norma!» –alega ella. Resulta que su papá, mi bisabuelo, cuando la inscribió en el Civil, le iba a poner Norma, pero se olvidó del nombre. Ernestenia, le puso. A lo mejor es de familia porque, cuando me habla, nombra por lo menos a tres personas antes de acordarse de mi nombre.

NICOLÁS BRAVO MELLADO, 33 AÑOS, LOS ÁNGELES.

Salvedad

«En esa iglesia todos los días hay velorio», dice el coleccionero, tras persignarse frente a la capilla Santa María. Algo pasmada, imagino la estadística de muertes diarias en una ciudad tan re chica; meditando además en el fenómeno casi de realismo mágico, donde todos los vecinos velan a su difunto en la misma congregación, ubicada en una villa curiosamente llamada «Obispo». Pero no lo digo, y seguimos por Orompello hasta que finalmente le sonrío y a medio suspiro solo respondo: «Miren, ve».

CASANDRA DITTUS I., 32 AÑOS, LOS ÁNGELES.

Los vianderos

Premio al Talento Mayor

Hace medio siglo atrás, un sonido bronco, prolongado, revolucionaba las cocinas de los hogares loceros en Penco. Era el pito de las doce anunciando la hora de la vianda. Desde los cerros aledaños a la Fanaloza, se descolgaban, como gajos, niños y esposas muy jóvenes que corrían al encuentro del padre o del esposo para llevar la vianda y abrazar al ser querido. Esta vieja costumbre desapareció hace muchos años. Los niños de ayer hoy son abuelos. Las madres de entonces, capaz que no existan. Pero en la memoria de los abuelos de hoy, esa costumbre, aún, pervive.

ARTURO BELMAR MONARES, 74 AÑOS, PENCO.

El eco en la Estación

En la estación Higuera, el tren de carga esperaba el último embarque. No vino. El pitido final no fue el del tren, sino el del celular de un obrero recibiendo el aviso de cierre. La memoria de Huachipato se condensó en el andén: el ruido de las botas, el olor a carbón y la promesa de futuro. Ahora, la estación es solo un eco esperando el tren que nunca más volverá a cargar acero chileno.

DAMARIS MÉNDEZ MÉNDEZ, 23 AÑOS, CONTULMO.

El tren de Lota que nunca llegó

En algunas noches de neblina, los vecinos aseguran oír un tren pasar por el cerro amarillo, lo extraño es que la línea se cerró hace décadas. Algunos dicen que transporta las almas de los mineros que nunca llegaron a sus casas.

MONSERRAT VIVEROS DE LA FUENTE, 15 AÑOS, HUALPÉN.

Oportunidad

Un día el campanil no tocó más y el tiempo quedó estancado en todo Concepción. Los estudiantes quedaron a medio camino, no alcanzaron a llegar a sus salas. Los zorzales detenidos a mitad de vuelo no lograron retorno ni partida. No crecieron más los árboles ni el pasto ni las flores. Todo quedó parado, nada ni nadie continuó su rumbo. El silencio invadió a la nueva Concepción fantasma. Solo las estatuas, viendo que no había peligro, saltaron de sus pedestales y salieron a jugar.

CAMILA SÁEZ RIFFO, 25 AÑOS, LOS ÁLAMOS.

Crónica de una población anunciada

La travesía fue fatigante para los Del Río Zañartu, quienes eran los primeros exploradores. Atrás habían quedado el fantasma de Samuel Price y el judío errante. De pronto, las mariposas amarillas anunciaban que ahí debían fundar la nueva aldea. Con el tiempo, la llegada de Melquiades y sus pececillos de oro (alquimia para los Del Río) hizo más agradable todo, a pesar de la peste del insomnio y la guerra a la que se había marchado Aureliano. Cien años después, el patriarca vive encadenado a su árbol en el museo de Hualpén, cuidando sus valiosos pergaminos y esperando la tormenta final.

FERNANDO FERNÁNDEZ ULLOA, 45 AÑOS, HUALPÉN.

La musa de González Camarena

Así era yo a los treinta, me decía mi abuela mientras me mostraba fotografías en tono sepia... Te confesaré un secreto, soy la mujer plasmada en el mural de la Pinacoteca. No es una prostituta, no hubo tequila ni bohemia, nada de eso es cierto. Él y sus colegas iban a comer donde yo trabajaba. Solo fue una noche de amor y nervios, todo el tiempo tratando de cubrir «esa» mancha de vitiligo en mi muslo izquierdo... deslizó suavemente su pincel sobre ella, imaginamos que desaparecía. Fue tan gentil, que pintó América del Sur sobre mis pudores de ese tiempo.

GAMAL CERDA ETCHEPARE, 64 AÑOS, TALCAHUANO.

Recuerdo

Extraño esas noches cuando mi tata empezaba con historias, tomaba un sorbo de café, se humedecía los labios y empezaba: «Una vez aquí en Quilacoya...». Con solo esas palabras encendía una llama en mí.

LEONOR SALAS GONZÁLEZ, 13 AÑOS, HUALQUI.

Reflejado en la esmeralda

Llegué a una laguna muy diferente a la que recordaba. De pequeño, mi familia me llevó a un lago bastante feo, esto debido a un parque de dinosaurios roto y un lago vacío. Me pareció raro su nombre ¿lago Esmeralda? Simplemente raro. Un día, bastante estresado, fui a comprar fruta cerca del lago, no tenía la intención de verlo, hasta que vi a unos niños corriendo hacia allá, y al acercarme presencié una escena preciosa: un parque lleno de vida, las aves, renacuajos, niños y un lago hermoso. Al verme reflejado en el agua, recordé lo bonito de la vida.

FELIPE CORTÉS PIZARRO, 18 AÑOS, LOS ÁNGELES.

El Puente Viejo

Cuando cerraron el Puente Viejo, mi abuelo dijo que ya no tenía dónde pararse a mirar el río. Iba todas las tardes a contarme historias de la usina, del carbón y del río ancho como mar. Un día lo acompañé. Se detuvo frente a la reja, sacó un paquete de galletas y lo lanzó al Biobío. Para que el río no me olvide, murmuró. Desde entonces, cada tarde voy yo. El río me responde con su silencio y me devuelve la memoria del abuelo.

LUCIANO SUMONTE MOISAN, 11 AÑOS, CONCEPCIÓN.

Crepuscular

Desde Lota hacia el mundo, en la oscuridad más peligrosa de un cielo sin estrellas y el silencio más temido de la tierra, grisú. Emerge heroico, cubierto de un negro azabache que no conocerás hasta que el sudor te impregne de su color. Como el Pablo de Baldomero, don José Palma también descendió, y en el Subterra combatió a la muerte y en su Subsole resistió a la fatídica «rosita», este es el inevitable flagelo de un trabajo que te embrutece, pese a eso tengo los mejores recuerdos de él, que cuando rememoro no puedo evitar sonreír.

PABLO CID PALMA, 35 AÑOS, SAN PEDRO DE LA PAZ.

Recordé cuando la luna nos perseguía

Premio al Talento Infantil

Iba en auto hacia Talcahuano de noche, miré la luna y me acordé de cuando tenía cinco años y decía que la luna me perseguía. Solté una pequeña risa discreta.

EMILY URIBE MUÑOZ, 11 AÑOS, CONCEPCIÓN.

